

EL SEÑOR ARZOBISPO

En un lugar mediterráneo, de cuyo nombre no me acuerdo, unos conmitones le regalan una estatua de tamaño descomunal al señor Arzobispo. ¿Qué siente nuestro hombre ante tal muestra de afecto filial de sus hijos? ¿Cómo se contempla a sí mismo fuera de sí mismo? ¿Experimenta rubor tal vez? ¿Acaso sorpresa? ¿O quizás es la indignación la primera reacción de su alma noble? No lo sabemos. Quienes han visto la escultura cuentan luego que todas sus partes, incluida la cara, tienen la misma dureza del bronce. Aquella estatua está hecha sin duda para durar tanto tiempo como la Iglesia católica, cuyos fieles tan generosamente han corrido con todos los gastos de la piedra desgastada por los golpes del cincel y el martillo. Algún malévolos espíritu burlón podría pensar que un prelado digno del cargo, con sólo un poquito de vergüenza (no se deduzca de esto “necesariamente” que la eminencia retratada careza de tal atributo), habría inspirado una cierta contención o pudor en la corte de los aduladores eclesiásticos, clérigos ayer tonsurados y hoy desmelenados. El miedo a disgustar al jefe (en cuya mano está siempre el cese fulminante o, al menos el “estancamiento” de la propia carrera) nos hace siempre comedidos. El hombre mide sus palabras cuando a las palabras siguen los actos. En este caso, parece ser que el escultor y el esculpido cumplieron fielmente con su labor: uno puso la cara; otro alargó la mano. Los demás aplaudieron la bofetada al Cristo sin poner la otra mejilla. Todo siempre “a mayor gloria de Dios”. Los historiadores futuros del pasado, que aún es presente todavía, tendrán que hurgar mucho en los sótanos o en la trastienda de la casa de Dios sin apenas detenerse a posar junto a la estatua como convidados de piedra. A mí, por si acaso, que no me hagan fotografías con estos pelos, con esta facha y, sobre todo, con estos carcamales. A mayor gloria de Dios.

Yo, pecador, confieso que me veo obligado a escribir la palinodia de mi artículo sobre la estatua dedicada al Ilustrísimo y Reverendísimo Arzobispo mediterráneo. La fe nos exige la sumisión y la obediencia, y, además, no se puede hablar de las piedras sin antes verlas ni palparlas con las manos. Aquella mole de vanidad y presunción no tiene ciertamente las proporciones de la figura humana. ¿Qué importa? La naturaleza se viste en ella con la sobrepelliz de lo sobrenatural. La cabeza episcopal, doble del cráneo de un teutón, permite a las pocas ideas expandirse a sus anchas en el vacío. Ahora bien, justo es reconocer que su Eminencia demuestra una enorme humildad y paciencia cargando sobre su cuerpo varias ristas de símbolos profundos. Allá la madre alimentando al hijo con su seno; allá la cruz y el libro como testimonio de los esponsales entre la fe y la cultura; allá esas manos que rodean el cuerpo y una de las cuales se diría que tapa las partes pudendas del poderoso diocesano... Pero ¡por Alá! No sigamos más allá. Demos gracias al escultor que tan fielmente ha captado la personalidad de nuestro arzobispo y también a todos los seglares contribuyentes que nos han dado ocasión para sonreír en este triste y profundo valle de lágrimas.

Pablo Galindo Arlés
10 de noviembre de 2014